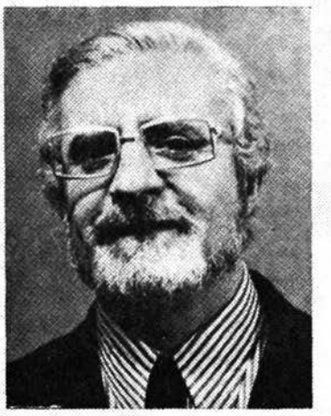
intervienen:

José Luis Cano

Leopoldo de Luis



Luis Jiménez Martos

Florencio Martínez Ruiz

LOS ANTOLOGOS HABLAN DE LAS ANTOLOGIAS POETICAS

coloquio

Por Jacinto LOPEZ GORGE

¡Las antologías poéticas! Cuánto se ha dicho y discutido en torno a ellas. Y cuánto se habrá de discutir aún. Porque las antologías interesan cada vez más. Se venden cada vez más. Y si la poesía —tan minoritaria siempre— llega a gran número, a grandes masas de lectores, es —de esto no hay duda— por las antologías. Un poeta o un libro de poesía, individualmente considerados, no importan gran cosa al lector medio. Sólo a quienes nos interesamos —la minoría siempre— por el fenómeno poético. Hay excepciones, claro está: las de los libros de poetas ya gloriosos o de gran relieve actual. Excepciones aparte, a los poetas en general —los de antes y los de ahora— se les conoce mayoritariamente porque están en las antologías. Insisto en ello porque así es. Evidentemente. Y así también lo reconoce, con el asenso de todos, uno de los coloquiantes.

Hace ya tiempo que proyecté y propuse este *coloquio* sobre las antologías al director de LA ESTAFETA. Mas hasta estas fechas no se ha podido realizar. Mi interés por el tema se deriva, en primer lugar, por lo de su importancia para el conocimiento mayoritario de la poesía y por cuanto de polémico tuvo y tiene, condición esta última que a cualquier rueda o coloquio favorece siempre. Pero también me interesaba el tema de un modo muy personal. El hecho de que yo sea autor de dos antologías temáticas —*Medio siglo de poesía amorosa española (1900-1950)* y *Poesía amorosa (1939-1964)*— lo justifica sobradamente. Pensé reunir a seis antólogos. Seis antólogos de poesía contemporánea, puesto que el *coloquio* iba a girar en torno a las antologías de la poesía española de nuestro siglo. Y pensé, por supuesto, en Gerardo Diego. Pero el maestro Gerardo —maestro de poetas y de antólogos— se mostró más bien esquivo. Traté de convencerle. Insistí. Creí que por fin accedería. Finalmente hubo un obstáculo insalvable: la fecha, que ya no pude cambiar. Había pensado también en Francisco Ribes, autor de la famosa *Antología consultada*, que tanto revuelo armó en los años cincuenta. Pero amablemente se negó desde un principio. El resto de los coloquiantes en quienes había pensado, y que a la cita de LA ESTAFETA acudieron puntualmente, fueron: José Luis Cano, autor de *Antología de la nueva poesía española, Antología de poetas andaluces contemporáneos* y *El tema de España en la poesía española*, entre otras; Leopoldo de Luis, autor de las antologías *Poesía social* y *Poesía religiosa*, las dos del período 1939-1964; Luis Jiménez Martos, autor de las anuales antologías de *Aguilar;* de *Nuevos poetas españoles* y *Poetas del Sur* y de la próxima a publicarse *Antología de la generación del 36;* y Florencio Martínez Ruiz, autor de la última antología aparecida, titulada *La nueva poesía española*, que él subtitula *Antología crítica* y en la que sólo figuran veinticuatro nombres de la por él llamada «segunda generación de posguerra: 1955-1970».

JIMENEZ MARTOS.—Todo el mundo sabe más o menos, lo que es una antología, aunque el término antología se emplee indebidamente en muchas ocasiones. Las antologías son antiquísimas. Ya se hacían antes de Cristo. Fundamentalmente, se siguen haciendo hoy lo mismo que se hicieran al principio. Esto es, recogiendo una serie de textos distintos seleccionados previamente. Por cierto que el primer antólogo, que se llamaba algo así como Meleagro, se incluía a sí mismo. De manera que ya podemos quitarnos ese prejuicio que todos los antólogos tenemos de no incluirnos en nuestras propias antologías. Es más, sospecho que el motivo inicial de un hecho antológico quizá fuera que un

poeta quiso figurar entre los mejores, entre los elegidos. E inventó las antologías para incluirse él. Ya más en serio, creo que se pueden distinguir las antologías propiamente dichas de esas otras que no debieran llamarse así, entre ellas los panoramas que todos hemos hecho, en los que metemos a gran número de autores. Las verdaderas antologías son aquellas en las que, por ejemplo, se incluyen solamente doce o quince nombres. Y también lo son las antologías temáticas, que algunos de los aquí presentes habéis realizado.

JOSE LUIS CANO.—Yo no estoy muy de acuerdo con esa distinción. Porque incluso los panoramas de que tú hablas, los panoramas poéticos, evidentemente implican una selección. Tú no coges los poetas al tuntún. Tú seleccionas, antologizas.

JIMENEZ MARTOS.—Hombre, ya. Eso que digo es en términos generales. A todas pueden llamársele antologías. Pero luego yo creo que conviene distinguir. Porque un libro donde van doscientos poetas no supone por parte del antólogo el mismo compromiso, el mismo riesgo, que donde van quince o donde van veinte. Y conste que a mí, por lo general, me parecen siempre mejor las antologías amplias que las antologías restringidas. En primer lugar porque las amplias siempre son más justas.

LEOPOLO DE LUIS.—Yo creo que el problema que plantea Jiménez Martos es muy fácil de concretar. Se trata simplemente de saber qué se prefiere: que la antología sea un alambique o que la antología sea un espejo. Hay antologías-alambique, donde se destila exclusivamente lo que el antólogo considera mejor, y hay antologías-espejo, que son las que reflejan, como su nombre indica, la situación de un momento determinado dentro de la poesía de un país o de un tema concreto. Personalmente, yo prefiero las antologías-espejo.

FLORENCIO M. RUIZ.—A mí me parece perfecto que existan antologías-espejo, por lo que supone de información y por establecer una panorámica. Pero el terreno hay que acotarlo de alguna manera. En último término, una antología-espejo es una antología. Implica una selección, como decía antes José Luis Cano. Sin embargo, esto no resuelve nada. A mi juicio, hay que exprimir más la poesía. La antología con un cierto rigor, reducida de nombres, me parece absolutamente necesaria. En un momento en que prolifera la poesía, en que los autores están desperdigados por ahí y en que existen muy diversos grupos, tiene que haber alguien que se encargue de aislar y seleccionar rigurosamente.

JOSE LUIS CANO.—Lo que debiera hacerse es armonizar la selección rigurosa, que siempre debe corresponder al gusto personal del antólogo, aunque a veces sea injusto éste, pero es su gusto personal... Armonizar, digo, la selección rigurosa o gusto personal con la que pudiéramos llamar justicia histórica. Porque a uno puede no gustarle excesivamente un gran poeta y, sin embargo, lo debe incluir. Así, pues, tenemos, por un lado, el gusto poético personal, y por otro lado, la llamada justicia histórica. Para mis antologías tengo dos criterios. En la inclusión de poetas suelo aceptar el criterio histórico. Y en la selección de poemas me limito al gusto personal. Supongamos, por ejemplo, que Pedro Salinas no me guste demasiado, siendo, como lo es, un gran poeta. ¿Cómo podría eliminar a Salinas de una antología de la generación del veintisiete?

JIMENEZ MARTOS.—No es conveniente, creo yo, que el antólogo se limite a la poesía que le guste. El antólogo debe atender a la poesía que tenga, objetivamente, importancia, le guste o no. En las antologías muy amplias, por otra parte, el antólogo ha llegado a perder casi toda su personalidad. Y hay antologías de esta clase que no las hace el antólogo propiamente, puesto que su trabajo ha consistido en escribir a una serie de poetas pidiéndoles un número determinado de poemas. Pero cuando el antólogo se propone antologizar a muy pocos, no hay duda de que es su gusto personal el que predomina.

FLORENCIO M. RUIZ. Yo no veo que existan muchas antologías en las que el antólogo se atenga exclusivamente al gusto personal. Por mi parte, no creo haberlo utilizado de ese modo exclusivo. Si como antólogo quiero estar mínimamente informado, he de atender al estado ambiental en que el poeta se inserta e incluso al juicio que ha merecido de la crítica. Y con todo esto, uno intenta hacer una selección. Y dentro de esa selección, a mí me pueden gustar más o me pueden gustar menos unos u otros.

Interrumpo yo aquí el coloquio para sugerir que, en último término, las antologías debieran ser de poemas, porque en realidad lo que definitivamente se antologizan son los poemas y no los nombres de sus autores.

LEOPOLDO DE LUIS.—Jacinto López Gorgé acaba de suscitar un tema y yo quería suscitar otros dos. Pero vayamos por partes. En el que Jacinto ha suscitado se pone de manifiesto que una cosa es la antología de poetas y otra la antología de poemas. Ahí están **Las cien mejores poesías**, de Menéndez Pelayo, por ejemplo. O **Las mejores poesías líricas del siglo XIX**, de Alonso Cortés. Estas últimas, antologías de poemas, quizá sean más fáciles de hacer, porque buenos poemas son más fáciles de escoger que buenos poetas. Dentro de un poeta simplemente mediocre, puede haber un poema magnífico que quepa en una antología de poemas. A mi modo de ver, tiene mucha más importancia la antología de poetas. La antología de poemas es, más bien, una antología grata, agradable para la lectura del lector corriente. Pero yo quisiera que habláramos de otras dos cosas. Primero, si la antología es realmente útil o no. Según mi criterio, las antologías son utilísimas. Sobre todo en un panorama tan vasto y tan confuso como el de la poesía contemporánea. Y llamo contemporánea a la poesía producida de veinticinco años a esta parte. La otra cuestión de la que quisiera hablar es eso, ya dicho, de que los antólogos piden poemas a los autores, de que si seleccionan bien y de que si se comprometen. En las antologías, como en todo, es necesario un poco de audacia. El antólogo no debe limitarse a seleccionar unos poetas cuyo valor ya está absolutamente contrastado. El antólogo debe, además, atreverse con otros poetas. Gerardo Diego, por ejemplo, en este aspecto se atrevió, incluyendo en su primera antología nombres que no estaban suficientemente cuajados ni definidos y que luego cuajaron. Pero en estos últimos años hubo otras antologías donde el antólogo no se comprometió ni se arriesgó nada, sino que escogió nombres totalmente contrastados ya. Por eso merece un elogio la antología de Rafael Millán, que en los años cincuenta y tantos se arriesgó con nombres como el de Miguel Labordeta, por ejemplo. Este riesgo me parece indispensable y debe correrlo siempre el antólogo.

JIMENEZ MARTOS.—Yo quisiera hacer una observación. A mí me parecen importantísimas las antologías de poemas. En las antologías panorámicas anuales que yo he venido haciendo, por ser antologías de poemas, no me fijaba en que el poeta tuviera o no importancia. Por un poema de esos descubrí a Pedro Gimferrer y fui el primero que destacó en España en un prólogo, todo lo que este poeta valía. ¡Y por un solo poema, publicado en **Rocamador** aquel año y recogido luego por mí!

LEOPOLDO DE LUIS.—Bien. Pero por un solo poema se puede uno equivocar.

JIMENEZ MARTOS.—Pero no me equivoqué. Dio la casualidad de que no me equivoqué. Dejando esto, a mí me parecen interesantísimas las antologías temáticas. Y creo, además, que aun cuando las antologías de poetas sean siempre interesantes, debiéramos variar el punto de mira, porque no hay duda de que la monotonía nos acecha, insistiendo quizá más en las antologías temáticas. Ahora bien, en éstas no debe tenerse en cuenta que el poeta seleccionado sea o no sea importante. Y en eso, quizá no del todo por culpa del antólogo, a veces con voluntad de hacer una antología de poemas se acaba haciendo una antología de poetas. Y se busca en un determinado poeta un tema sólo porque ese poeta es importante, cuando se podía buscar en un desconocido. De acuerdo absolutamente con Leopoldo de Luis en lo del riesgo. Si he de hablar de una manera personal, la mayor satisfacción que yo tengo como antólogo es haber sacado en el sesenta y uno, en una antología de nuevos poetas españoles, un grupo donde estaban Claudio Rodríguez, Sahagún, Mantero, Alcántara, Cabañero, Julio Mariscal y María Elvira Lacaci, Valente...

FLORENCIO M. RUIZ.—Yo pienso que la antología de poemas nos conduce inevitablemente a la antología de poetas. Porque lo lógico es que cuando un poeta es importante es porque ha acertado en bastantes poemas.

JIMENEZ MARTOS.—No, no estoy de acuerdo.

FLORENCIO M. RUIZ. — Si un poeta tiene quince o veinte poemas que me gustan, o un libro o dos que me gustan, no hay duda que estamos ante un buen poeta. Habría que elegirlo porque esto nos da toda una voz poética.

JIMENEZ MARTOS.—Es que en una antología de poemas no entran en consideración los libros, puesto que al poeta se le puede seleccionar por dos o por tres poemas que sean importantes dentro del tema que se quiera antologizar, independientemente del resto de su obra, que considerada en conjunto acaso no tenga relieve alguno.

JOSE LUIS CANO.—Yo quisiera decir que estoy completamente de acuerdo con Leopoldo de Luis en lo de la utilidad de las antologías. Las antologías poéticas no solamente son útiles en cuanto a que difunden la poesía entre miles de lectores y miles de estudiantes y estudiosos de la poesía. Pensad en los millares de estudiosos extranjeros de la poesía española que, gracias a las antologías conocen bien nuestra poesía actual. Por otra parte, quisiera señalar lo que las antologías significan como apoyo y sostén de una generación. Este es el caso de la antología de Gerardo Diego, que prestó un apoyo tremendo a su propia generación: la del veintisiete. También señalaré, modestamente, lo que yo hice con mi antología de poetas andaluces contemporáneos, donde quise reivindicar nombres de poetas completamente olvidados o desprestigiados, como Villaespesa, como Salvador Rueda... O como el Marqués de Villanova, nuestro querido Rafael Lasso de la Vega. Y también quise reivindicar o que se reconociera a ciertos poetas andaluces exiliados, de los que nadie se acordaba, como Pedro Garfias, Juan Rejano, Antonio Aparicio... Pero hay otra cosa que igualmente quiero traer aquí. Me refiero a los prólogos de las antologías. Es curioso lo que pasa con ellos. Yo creo que los lectores en general no suelen leer los prólogos. Ni tampoco los críticos.

Cuando la antología de poetas andaluces hubo crítico que me reprochó que no figurara un poeta catalán. Y cuando la **Antología de la nueva poesía española**, que editó Gredos, otro crítico me reprochó que no hubiera incluido a Antonio Espina y a León Felipe. ¡En una antología de la nueva poesía española!

JIMENEZ MARTOS. — Ha dicho José Luis Cano que las antologías son útiles a los estudiosos de la poesía, pero por esto y porque son muchos los lectores en general que las antologías tienen, a los editores les interesa especialmente la poesía antologizada. El éxito de venta de las antologías es cosa segura. Por eso cada vez abundan más. Y prestan un gran servicio a los poetas, a los que luego se va a buscar en sus respectivos libros individuales, cuando el lector de antologías se interesa por un poeta determinado.

LEOPOLO DE LUIS.—Quizá haya que matizar otra cosa que ha dicho José Luis Cano. Me refiero a las antologías de un grupo, de una generación o de un movimiento. No es lo mismo presentar el momento poético de un país que presentar un grupo, un movimiento o una generación. En este caso se puede ser más restrictivo, lógicamente. Hay otra cuestión que quizá también pueda ser interesante y que como antólogos nos lo hayamos encontrado alguna vez. Es el poeta difícilmente antologizable. Hay poetas de los que no se puede seleccionar fácilmente una pieza, porque su obra presenta tal coherencia, es tan sistemática, tan compacta, tan apoyados unos poemas en otros y unos libros en otros, que resulta casi imposible antologizarlos.

Nueva interrupción mía, tras breves intervenciones de unos y otros en las que vienen a coincidir con lo que Leopoldo de Luis ha dicho. Saco a relucir las antologías cuya responsabilidad no recae en un solo antólogo. Pregunto si no sería deseable que el riesgo, la responsabilidad de seleccionar autores y espigar poemas, se los repartieran varios antólogos en empresa común, como ya se ha experimentado.

LEOPOLDO DE LUIS.—Esto se ha dado haciendo compartimentos y dedicándose cada antólogo del equipo a un período determinado. Pero una antología en colaboración es muy difícil porque el crítico o antólogo tiene que conjugar la objetividad con la subjetividad. Y ese equilibrio no es fácil lograrlo en colaboración.

JIMENEZ MARTOS.—Sobre esto de la colectividad antologizante yo quisiera decir ahora que, con todos mis respetos hacia aquella **Antología consultada**, yo no haría nunca una antología consultada. En este caso, al antólogo que la dirige sólo le queda escoger los poemas. Y su riesgo es muy relativo. La **Antología consultada** es una de las dos antologías mitificadas en España. La otra es la de Gerardo, indudablemente. En ésta creo que está justificada la mitificación. Pero si vemos hoy la **Antología consultada**, comprobaremos que hay unos poetas ahí que ya no cuentan.

JOSE LUIS CANO.—La **Antología consultada** no es sólo importante por los poetas, sino por las declaraciones de aquellos nueve poetas.

FLORENCIO M. RUIZ.—Yo considero que la **Antología consultada** fue muy importante porque concitó la atención del público menos especializado y esto es necesario para los poetas. La antología aquella contribuyó muchísimo a su valoración. Es posible que hubiera ausencias. Pero las ausencias no invalidan a los poetas allí reunidos.

JIMENEZ MARTOS.—Hay un aspecto de las antologías que no hemos tratado. Es el de las que yo llamaría antologías-revulsivo. Ahí incluiría a la «Consultada» e incluiría, también, todas las de Castellet. Son antologías voluntariamente arbitrarias. A mí no me convence, por ejemplo, la antología de los «Novísimos». Pero, sin embargo, por las razones que sean, suponen un revulsivo, donde de la antología no queda nada, aunque queda bastante, y bastante interesante, de lo que se dice que trajo. En todo caso, Castellet es de los antólogos que se arriesgan.

FLORENCIO M. RUIZ.—Se arriesga, sí, pero se arriesga en un terreno muy acotado, muy particular y muy pacífico. Ahí lo que pasa es que el prestigio y la circulación del autor han concitado sobre los «Nueve novísimos» una atención que, aun considerando el libro muy bonito por lo demás, es excesiva.

JOSE LUIS CANO.—Generalizando, yo diría que no puede existir la antología perfecta. Además, no debe existir. Ni existe. La antología debe tener siempre algún defecto. Como decía Juan Ramón Jiménez, es conveniente que tenga siempre un pecadillo, para que los críticos puedan hablar de ella, criticarla, decir el poeta que falta, el poeta que sobra, etcétera.

LEOPOLDO DE LUIS.—Yo quisiera, si es que vamos ya a concluir, que habiendo hablado de antologías no dejáramos de recordar finalmente, porque me parece justísimo, la ausencia que aquí tenemos de Gerardo Diego, como antólogo que nos ha precedido a todos y al que todos admiramos tanto. Y abundando en lo que José Luis Cano ha dicho, tengamos también en cuenta que ya Gerardo decía que toda antología en principio es un error.

JOSE LUIS CANO.—Me adhiero a lo que dice Leopoldo y quiero recordar que mi **Antología de la nueva poesía española** está dedicada a Gerardo Diego por su famosa y espléndida antología.

Dicho esto último por José Luis Cano, el magnetófono dejó de grabar. Nada de lo que allí se dijo después fue recogido en la cinta. Pero el *coloquio* realmente había concluido.